

MARIANO GAZPIO,

agustino recoleto misionero en China

El padre Gazpio, bien conocido aún por muchos de frailes que lo tuvieron como maestro de novicios, es una de las figuras más sobresalientes de la gran gesta misional que llevó a cabo la Orden de Agustinos Recoletos en China durante el segundo cuarto del siglo XX.

Una gesta llevada a cabo por religiosos y religiosas de una calidad moral y espiritual notable. Entre los recoletos, cabe destacar al padre Mariano Gazpio, quien sobresalió por su santidad.

El padre Gazpio fue uno de los que estuvo en la misión desde el principio hasta el final, desde que la primera tanda de frailes llegó a China, hasta que los religiosos extranjeros fueron expulsados de la misión. Llegó con 24 años y la abandonó con 52. Fueron 28 años de durísimas experiencias humanas que fueron forjando un tapiz en donde los hilos de la gracia divina iban tejiendo y bordando las virtudes heroicas en la personalidad de aquel joven religioso y misionero, lleno de grandes ideales apostólicos y de cierta ingenuidad juvenil, haciendo de él un religioso y misionero de gran madurez espiritual, de santidad probada en el crisol de la prueba.

Entre las persecuciones del mundo y las consolaciones de Dios

Aquellos sus años en China transcurrieron en medio de circunstancias verdaderamente excepcionales y difíciles, acumuladas en tan corto espacio de tiempo y que afectaron de manera casi continua al trabajo misional. La misma perseverancia en esta situación es ya una gran muestra de santidad.

El padre Gazpio se encontró con una China envuelta en una época de gran inestabilidad política y social, sumida en luchas intestinas de poder entre los señores de la guerra que dominaban los distintos territorios. Además de eso, con el peligro serio y constante del bandidaje organizado. Bandidos y ladrones eran una plaga asoladora; nadie estaba seguro en ningún pueblo ni podía emprender viaje alguno por temor a ser asaltado.

Pronto se sintieron las consecuencias de la guerra de reunificación de China bajo el gobierno revolucionario nacionalista. En el año 1930 la guerra golpearía de nuevo la misión. Solo tras ese momento y hasta el inicio de la guerra chino-japonesa en 1937, la misión disfrutó de un cierto periodo de paz y de tranquilidad.

La invasión japonesa golpeó la misión en sus estructuras y edificios y tuvo un influjo negativo muy importante para la misión y para la población. El inicio de

la guerra provocó la presencia de millares de refugiados, que huían de las zonas de combate buscando protección y refugio. Tras la ocupación japonesa, miles de personas, que habían perdido todo, mendigaban por la ciudad, donde buscaban además protección.

Con la entrada de Japón en la segunda guerra mundial en 1941, la misión de los recoletos entró en un estado de aislamiento con el exterior que agravó la situación económica. Se produjeron escenas verdaderamente trágicas de hambre y de muerte. La misión carecía de recursos para mantener a los misioneros, a los seminaristas, a las religiosas y a las niñas de la Santa Infancia.

Después del final de la guerra mundial y de la ocupación japonesa, la vida de la misión estuvo marcada por la guerra civil entre comunistas y nacionalistas y por la llegada e instauración del régimen comunista.

En los años 1951 y 1952 fueron arrestados y encarcelados varios padres y todos los misioneros extranjeros fueron expulsados de la misión.

En medio de todas estas dificultades la actitud del padre Gazpio fue siempre la de absoluta confianza en la Providencia y en los justos designios de Dios. Y con esta actitud ponía todo en manos de Dios con total abandono de sí mismo a sus designios amorosos y misteriosos; el padre Gazpio sabía valorar y apreciar las consolaciones diversas que recibía de Dios de múltiples maneras, pues, como decía San Agustín, la Iglesia “peregrina en medio de las persecuciones del mundo y las consolaciones de Dios”¹.

La consolación de la fe

Y la primera consolación venía de la fe, una fe profunda que le ponía en comunión con el misterio de Dios y con el misterio de la Cruz. Por eso, a pesar de tantas y tan duras pruebas, el padre Gazpio no caía en el pesimismo ni en la desesperanza, porque confiaba ciegamente en Dios que se le manifestaba siempre como un «bondadoso *Padre*»². En sus cartas a los superiores nunca faltaban palabras de tranquilidad y esperanza. Palabras que no eran solo fruto de la caridad para con sus superiores, intentando aliviar su intranquilidad y desasosiego en tiempos tan difíciles y peligrosos, sino también, y sobre todo, el propio reflejo de su tranquilidad interior nacida de la total confianza en la voluntad de Dios. Para el padre Gazpio hacer y aceptar la voluntad de Dios era la fuente de esperanza en medio de las dificultades:

«Estamos aquí **por la voluntad de Dios nuestro Señor** y, como palpamos su protección y ayuda en tiempo de la prueba, no nos falta **la tranquilidad interior**,

¹ Cf. San Agustín, *La ciudad de Dios*, XVIII,51,2.

² Mariano GAZPIO, Carta (Kweitech, 28 mayo 1950) al provincial Santos Bermejo, en AM: Leg. 163, 1º.

estamos conformes con su santísima voluntad y contentísimos seguiríamos aquí, si gozáramos de la libertad propia de un apóstol»³.

El Padre Gazpio estaba plenamente convencido de que Dios ordena todo para el mayor bien de sus elegidos, por eso los males que padecían los veía como oportunidades y medios misteriosos en la mano de Dios para sus planes de misericordia:

«La guerra chino-japonesa, terrible desgracia de este pueblo, a la vez que castigo misericordioso de Dios. [...] En alguna ocasión quiso el Señor probar nuestra paciencia acortándonos la ración, privándonos de algún alimento, aparentando cierto peligro de bandidos y soldados [...], mas todo esto sirvió para acrecentar nuestra fe en el que gobierna el universo y purificar nuestra caridad para con nuestro amoroso Padre. **El Señor disponía todo de manera que pudiéramos comprender que Él estaba con nosotros**»⁴.

Además, sabía que unidos a la Pasión de Cristo todo lo que ellos padecían con amor y paciencia era fuente de gracia para la misión. Como el Maestro en la Cruz, disculpaba a los que eran instrumentos del mal, cegados por la ignorancia de la falta de fe, y se compadecía de ellos:

«Ignorando nuestro culto y la reverencia que nosotros profesamos a tan santa obra, **debemos compadecernos de su situación moral y pedir por ellos** que también son criaturas de Dios y pueden conseguir el día de mañana **la gracia de ser santos hijos de Dios**»⁵.

Para el padre Gazpio las penalidades sufridas eran también un gran regalo de lo alto para enseñarnos a apreciar⁶ la bondad de Dios manifestada en todos los dones cotidianos de los que disfrutamos y que no sabemos apreciar como debemos, no sabiendo dar gracias a Dios por todas esas cosas como si nos fueran debidas:

«En circunstancias anormales no es fácil que todo salga a pedir de boca, y **conviene sufrir de cuando en cuando alguna molestia, para comprender mejor el don que Dios nos da viviendo en paz y sepamos agradecersele**»⁷.

Consuelo de la comunidad

El padre Gazpio gozó también en medio de esas dificultades y pruebas del consuelo de la vida religiosa y comunitaria. La presencia de los hermanos le reconfortaba y llenaba de alegría, siendo la comunidad el lugar donde encontrar descanso y reposo de las fatigas y sinsabores apostólicos.

³ Ibid.

⁴ Carta (Chutsi, 24 febrero 1941) al P. Ochoa, en TM (1941) 131-132.

⁵ Mariano GAZPIO, Carta (Kweiteh, 11 abril 1950) al provincial Santos Bermejo, en AM: Leg. 163, 1º.

⁶ En su conjunto la frase me parece alambicada.

⁷ Mariano GAZPIO, Carta (Kweitefu, enero 1938) al Director de Todos Misioneros, en TM (1938) 40.

Las propias penalidades sufridas en la misión y el hecho de que viviera con un solo compañero de comunidad, e incluso solo largas temporadas hasta 1941, le ayudaron a apreciar con mayor gratitud y gozo el don de los hermanos, para los que el padre Gazpio tiene sentidos y profusos elogios y acciones de gracias en muchos de sus escritos. Aludiendo al padre Alegría, comenta el padre Gazpio:

«Al volver a casa, en santa paz y alegría me refería minuciosamente sus impresiones, **gozando ambos en aquellos instantes lo indecible**, porque aquí en misión **las penas y alegrías siempre son comunes**. [...] Conté a mi amado padre Alegría cuanto había advertido en aquellas cristiandades digno de atención y **ambos recibíamos contento y solaz en esas inocentes y expansivas conversaciones en que más habla el corazón que la lengua**»⁸.

Además, gozaba como ninguno de la convivencia fraterna cuando por diversos motivos se juntaban todos los misioneros en la casa central; como, por ejemplo, en las fiestas de san Agustín y san Nicolás de Tolentino, los ejercicios espirituales, el día del encuentro mensual o la llegada de nuevos religiosos a la misión. Así describía el padre Gazpio el gozo que le producían aquellos días de convivencia fraterna:

«Cuando en ocasiones me encuentro en la casa central rodeado de varios misioneros, **interiormente gozo lo indecible** al oír contar mil escenas tiernas, consoladoras, tristes y lamentables, pero que demuestran cómo sostiene la mano de Dios a sus siervos; cómicas y graciosas que motivan risas inocentes»⁹.

A Gazpio le encantaba que entre los miembros de la comunidad reinara una amistosa convivencia y manifestaba frecuentemente en sus cartas su aprecio por la vida común.

«**¡Qué alegrías tan suaves y gratas** encierra la Religión, y qué **unión tan íntima se siente** entre los Religiosos, donde lo mío es tuyo y lo tuyo es mío y alegrías y penas son comunes!!»¹⁰.

«**Cómo se disfruta y se goza en esas ocasiones**, al ver palpablemente la caridad fraterna que tan íntimamente une los corazones de los que profesamos una misma fe y una misma Regla»¹¹.

Y no sólo valoraba la compañía de sus hermanos recoletos, sino también la de los hermanos religiosos de otras órdenes, como en el caso de los dominicos de Hong Kong de quienes el padre Gazpio se hace lenguas de la fraternal acogida que les dispensaron, haciéndoles pasar unas muy felices pascuas de Navidad:

⁸ M. GAZPIO, Carta (Kweitech, 1935) al director de Todos Misioneros, en TM 8 (1935) 189.

⁹ M. GAZPIO, Carta (Yucheng, 15 septiembre 1934) a Mariano Alegría, en TM 7 (1934) 347. Cf. SAN AGUSTÍN, *Regla* 1, 3.

¹⁰ M. GAZPIO, Carta (Manila, noviembre 1937) al director de Todos Misioneros, en TM 10 (1937) 456.

¹¹ M. GAZPIO, Carta (Chutsi, 1 marzo 1935) al director de Todos Misioneros, en TM 8 (1935) 156.

«¡Cuán dulce y grato es, hallándose fuera de casa, encontrarse con personas religiosas que no solamente hospedan a uno en su casa, sino que además le hacen sentir y gozar las alegrías de una compañía fraternal! Dichosos en verdad los religiosos que, sin poseer nada propio, encuentran casa y hermanos verdaderos dondequiera que hay un convento o casa religiosa. Que Dios nuestro Señor pague con abundantes bendiciones a los padres dominicos las atenciones que guardaron con nuestro señor obispo y con este su servidor»¹².

Por esa misma especial sensibilidad por el bien de la vida común, vivía con mayor dificultad el que él mismo u otro de sus hermanos religiosos no pudiera gozar de la compañía de los hermanos:

«Lleva este querido hermano año y medio sin ver misionero a su lado. Vea, amadísimo Padre, si supone verse privado de este grandísimo consuelo en tanto tiempo. Muy contento vendría por aquí a cambiar impresiones y pasar unos días con sus hermanos, pero no es posible conseguir tal gracia»¹³.

Consolación del apostolado

Otra de las consolaciones que compensaban los sacrificios de la vida misional era gozar de la cercanía con sus fieles, de verlos crecer en la fe y la caridad. El padre Gazpio cultivaba el trato cercano y de confianza con los cristianos. De ese modo era más fácil poder evangelizarlos y guiarlos a descubrir la belleza del amor de Dios en sus vidas. Los fieles, atraídos por su bondad, le abrían su corazón:

«Después de cenar, como de costumbre, los cristianos que solían venir a nuestra casita a pasar un rato en compañía del Padre, acudieron a darme cuenta de sus casos y cosas»¹⁴.

En sus escritos encontramos momentos bien expresivos de la gran alegría que sentía por sus fieles:

«Terminada la Misa, después de dar gracias y rezar el oficio divino, pasé un rato entre mis cristianos. ¡Cómo se goza en estas ocasiones al ver la compenetración que naturalmente hay entre los cristianos y el misionero!»¹⁵.

Se alegraba del deseo profundo de Dios y de su Palabra que mostraban sus fieles:

«Le digo con franqueza que, por mucho que se predique en todas ocasiones, nunca se cansa esta gente sencilla y piadosa de oír la palabra de Dios»¹⁶.

O como en cierta ocasión, cuando un grupo de niños le suplicaba con lágrimas y de rodillas que les dejara más tiempo a los catequistas. Al ver la sencillez y candidez de dichos niños el padre Gazpio no pudo menos de enternecerse y

¹² M. GAZPIO, Carta (Kweitch, enero 1938) al director de Todos Misioneros, en TM 11 (1938) 38.

¹³ M. GAZPIO, *Carta de China*, en TM 42(1952), 17

¹⁴ M. GAZPIO, Carta (Kweitefu, 3 julio 1935) al Director de Todos Misioneros, en TM (1935) 275.

¹⁵ M. GAZPIO, Carta (Yucheng, 15 septiembre 1934) al Director de Todos Misioneros, en TM (1934) 346.

¹⁶ M. GAZPIO, *Carta* (Yucheng, 25 diciembre 1933) al P. Ochoa, en TM (1934) 92.

acceder a su deseo. Esta escena se le quedaría grabada profundamente en su corazón de padre y pastor:

«Estuve con ellos un buen rato consolándoles y, después de recibir unos cuantos libros de doctrina, se despidieron de mí contentos y satisfechos de haber conseguido lo que pretendían. Yo me quedé con gran alegría en el corazón, y esta escena que acabo de referirle no se borrará nunca por la impresión tan grata que me causó».

El corazón del padre Gazpio vibraba y se conmovía de gozo en el Espíritu viendo cómo a los pequeños, humildes y sencillos, se les revelaban los misterios de Dios que vivían con sencilla y auténtica piedad y espíritu de adoración:

«En estas ocasiones, en verdad que Dios nuestro Señor se muestra verdadero padre para con el misionero y para con los fieles, porque es tal la santa alegría, la sencilla animación y la verdadera reverencia que se advierte en la misión, que el misionero católico no puede menos de dar rendidas gracias a Dios nuestro Señor, al ver cómo sus queridas ovejas le conocen y le aman, y además siente en realidad que él es de Dios y de sus ovejas».

Es más, el padre Gazpio se gozaba con los ejemplos de piedad y bondad que le ofrecían sus fieles, sabiendo ver en aquellos pequeños gestos de sus ovejas un medio por el que él mismo y otros eran a su vez evangelizados:

«En estas ocasiones no es tan solo el misionero el que instruye, son también los simples fieles los que, sin darse cuenta, con su lenguaje sencillo y mudo y su modo de proceder, ¡cuántas cosas no le dicen a su misionero sin que ellos se figuren! Porque los muchísimos actos de verdadera mortificación que realizan, tanto para venir a la misión como durante su estancia en ella, la fe tan viva que demuestran y la alegría que rebosa en sus rostros, las cosillas que comunican a su amado misionero, etc. etc... y la despedida que le dan hincados de rodillas pidiendo la bendición, todo esto y otras cosillas que se advierten dicen al misionero que, aunque sea él el predicador de oficio, sus fieles saben también predicar con el ejemplo, y así sucede que mutuamente se ayudan en la importantísima obra de la salvación»¹⁷.

Consolaciones que provenían de su comunión con Dios, de su comunión con los hermanos, de su comunión con los fieles y la gente sencilla a la que evangelizaba. Consolaciones que brotaban de la fuente del Amor Divino vivido en la vida contemplativa del amor casto, vivido en la vida comunitaria del amor ordenado y en la vida apostólica y misionera del amor difusivo.

Mariano Gazpio, siervo bueno y fiel

El padre Gazpio vivió su carisma agustino recoleto como una expresión concreta de la espiritualidad cristiana y evangélica del siervo bueno y fiel, manso y humilde que sigue el ejemplo y modelo del Señor, que vino sencillo y humilde a servir y a dar su vida por los demás.

¹⁷ M. GAZPIO, *Carta* (Yucheng, 25 diciembre 1933) al P. Ochoa, en TM (1934) 93-94.

«Siervo bueno y fiel, pasa al banquete de tu Señor, porque has sido fiel en lo poco te pondré al frente de mucho». Estas palabras del Señor en la parábola de los talentos, expresa en mi opinión la vida y las virtudes centrales en la vida del padre Gazpio.

Siervo bueno y fiel. Siervo humilde y manso, de corazón bueno y lleno de caridad, fiel a Dios, a su vocación, a su comunidad, a su ministerio, a su pueblo, fidelidad que nace de la fe inquebrantable en Dios de quien todo lo espera y de quien recibe la fuerza para perseverar fiel hasta el final.

Virtudes que vivió constantemente en las diferentes etapas de su vida misional en Kweiteh. El padre Gazpio fue la vasija de barro donde el Señor puso su tesoro de gracia, fue lo necio y débil a los ojos de los hombres que Dios escogió para confundir a los sabios y poderosos.

Veamos ahora brevemente cómo el padre Gazpio vivió como siervo bueno y fiel en los diversas etapas y responsabilidades pastorales que le fueron encomendadas.

La misión de Chengliku

Los inicios de la misión supusieron para el padre Gazpio, como para los demás misioneros, una labor kenótica de encarnación en una nueva realidad cultural y social. Como el Hijo de Dios que se vació de sí mismo para asumir nuestra naturaleza haciéndose uno de nosotros, compartiendo nuestra vida e historia humana para redimirla, los misioneros empiezan su labor con un nacer de nuevo para hacerse uno con aquellos a los que han sido enviados a evangelizar, adaptándose y encarnándose en una nueva cultura, con su lenguaje y estilo de vida peculiares.

Momento de vida oculta y de vaciamiento, momento de dejarse modelar de nuevo, momento de pobreza humana e indigencia, cual niños que vienen al mundo por primera vez para empezar de nuevo.

Con la llegada a la misión, el padre Gazpio se enfrentó a un proceso de adaptación a un mundo nuevo en todos los aspectos. Desde la mera adaptación física al clima, a las comidas, a la indumentaria, pasando por el aprendizaje del idioma y de la cultura, hasta ir adentrándose en el alma de un pueblo. Los primeros años fueron un periodo de adaptación y de asentamiento, de descubrimiento de una cultura y de un pueblo tan distintos. Tiempo para el estudio de la lengua y de reconocimiento de la situación de la misión.

A los seis meses de estancia en Kweiteh, sin dominar el chino, pero llenos de ardor apostólico, el padre Gazpio y el padre Alegría fueron destinados a Chengliku, Subprefectura de Yucheng. Una misión en la que estaba todo por

hacer, tanto a nivel material como espiritual. El año 1924, cuando llegó Gazpio, Chengliku tenía aproximadamente unos 900 habitantes, de los que solamente 17 eran cristianos.

La actividad misional era muy difícil, sobre todo por causa de los bandidos, abundantes en aquella región que, estando en el límite de las provincias de Honan y Kianghsu, era en todo momento refugio de bandidos. A principios del siglo XX había residido allí un misionero chino, apellidado T'ien, que en cierta ocasión había anunciado: «Hoy por hoy, los padres no harán allá sino perder el tiempo».

A estas dificultades externas, se le añadía otro gran escollo para la eficacia apostólica: la falta de preparación adecuada en el idioma chino. Habían sido enviados con un bagaje muy exiguo de aprendizaje del idioma, usando un libro español de gramática china y cierta ayuda del todo insuficiente del padre Cattaneo, anterior responsable de la misión. El golpe con la cruda realidad de la misión y el darse cuenta de su falta de preparación en un tema tan crucial para la misión como el lenguaje fue todo uno. Así lo expresaba el padre Quintanilla, compañero del padre Gazpio.

«Fácil era el mandar, fácil también el obedecer para quienes en la flor de la edad habían hecho de la obediencia un lema con juramento de seguir hasta la muerte. Lo difícil era ejercer el ministerio con fruto y provecho de las almas a ellos encomendadas. Los catequistas y fieles cristianos brillaban por su ausencia y fuera de una gran voluntad, de una juventud pletórica de intrepidez y fervores misioneros, no contaban en aquella ocasión aquellos nuevos abanderados de Jesucristo con más auxiliar, de tejas abajo, que el conocimiento imperfectísimo de unas cuantas frases chinas que casi se avergonzaban de pronunciar delante de la gente. Fueron aquellos unos años de prueba, de duro aprendizaje, años que aún recuerdan con emoción nuestros intrépidos hermanos y compañeros».¹⁸

El mismo Gazpio contó sus primeras impresiones y sus dificultades con el idioma. Apenas sabía unas palabras en chino; era incapaz de mantener una conversación con los cristianos que llegaban para las celebraciones litúrgicas. Sentía vergüenza por no saber expresarse, pero la superaba haciendo intensa oración:

«Cuando el día 18 de octubre de 1924 llegué por la tarde a nuestra casita misión en Chengliku y vi aquellas casucas de tierra, de aspecto miserable y me encontré dentro de un pequeño patio, cercado de una tapia de tierra, frente a unos siete cristianos que me saludaban a su modo y con quienes no podía comunicarme, por no saber aún sino dos palabras de chino, el corazón al instante me dio una fuerte sacudida y poseído de una cierta tristeza interna penetré en la casuca que desde entonces sería mi continua morada. [...] Si deseaba hacerles alguna pregunta, ellos no podían entender lo que les decía. Por lo mismo, para no sufrir vergüenza, procuraba meterme lo antes posible en mi habitación y

¹⁸ Arturo QUINTANILLA, *Escuela de catequistas*, en TM 10 (1937) 376-377.

abreviar el sorbo amargo que me veía obligado a beber, por no saber aún hablar».

Esta primera impresión le duró solamente dos días. Movidó por la presencia de fieles piadosos que asistían diariamente a oír Misa y a rezar las preces de costumbre, sintió la necesidad de aprender pronto la lengua de los naturales para cumplir la santa misión que se le había encomendado.

«Empecé con gran entusiasmo a estudiar un cuaderno de apuntes de la confesión, sirviéndome del cocinero, del sirviente y de algún cristiano que encontraba en el patio. Así, estudiando en la celda, preguntando a los sirvientes y sobre todo pidiendo mucho a Dios nuestro Señor en la Santa Misa conseguí al poco tiempo lo que deseaba».

Pero una cosa era entender un poco y poder escuchar las confesiones de los fieles, y otra muy distinta predicar y explicar la doctrina cristiana. Para esto, obviamente, se necesita mucha más preparación y medios adecuados para conseguirla, cosa de la que Gazpio, cuando llevaba un año en China, carecía.

«Sin otro profesor que mi buen deseo de aprender el idioma de los naturales, y rodeado de gentes que no tenían idea de enseñar, ni que tampoco comprendían el porqué de ciertas preguntas que entonces les dirigía, bien puede comprender vuestra reverencia que en tales circunstancias, a pesar de llevar en China todo un año, no me era posible expresarme con soltura en materias que de suyo requirieren gran cuidado y atención».

El 9 de junio de 1941, recordando su experiencia y la de sus compañeros cuando llegaron a la misión y se pusieron a estudiar el idioma, dirá que el estudiante de chino «aunque adelanta insensiblemente en este penoso y humillante ejercicio, cree, sin embargo, que está perdiendo el tiempo, porque no ve aún el fruto de sus desvelos».

Con todo, no se desanimó. Como siervo bueno y fiel, continuó poniendo toda su confianza en Dios y estudiando con tesón, porque deseaba cumplir cuanto antes el sagrado deber de la predicación. Para perfeccionar la pronunciación convirtió a su sirviente en su profesor particular:

«Pronto conseguí tener varios libros de doctrina, escritos en lenguaje sencillo, y desde entonces tomé por costumbre, después de estudiar en mi habitación un buen rato, llamar al sirviente para que me leyera en voz alta por espacio de una hora a la mañana y otra hora por la tarde, a fin de acostumbrar el oído a su pronunciación y poder aprender el idioma propio de la predicación y de la catequesis».

Al año y cuatro meses de estancia en China se decidió a predicar su primer sermón en chino. El Señor se sirvió de un joven de 16 años, Pedro Mei, que el 1 de agosto de 1925, al entrar en la capilla para los rezos de la tarde, le susurró al oído con gran deseo: «Padre, predíquenos el domingo». El padre Gazpio tomó esta sugerencia como «un amoroso aviso de Dios» y preparó para el día siguiente una breve plática extractando unas cuantas frases de algunos de sus libros. Les predicó durante cinco minutos y les

avisó que en adelante les predicaría un poco todos los domingos y que a continuación el catequista completaría el sermón con la lectura de algún texto piadoso. Desde aquel día continuó predicando, estudiando y rezando con mayor esmero para el bien espiritual de sus oyentes.

«En un principio mis pláticas eran de cinco minutos, después de ocho, más tarde de diez y de ese modo vi cómo Dios nuestro Señor me ayudaba cada día más [a] entender un poco, pero de utilidad para mis cristianos, de este difícil idioma chino».

La misión pastoral en las visitas a las comunidades fuera del ámbito de los fieles cercanos, le supuso otra prueba de humildad, paciencia y confianza en la Providencia de Dios.

«Palpaba claramente mi impotencia, mi nada... porque en casa con dos frases mal dichas me entendía con nuestros sirvientes, y al encontrarme entonces con gente extraña, ni les entendía lo que me decían, ni ellos comprendían lo que su misionero les hablaba, por lo mismo se me apocaba el ánimo y comprendía con toda evidencia la necesidad extrema en que me hallaba de esforzarme por aprender pronto el idioma de los naturales y no podía menos de reconocer la ayuda suma de Dios que necesitaba para cumplir santamente, mi oficio de misionero».

Estudiando con tesón, apoyándose en su fino oído musical y pidiendo mucho a Dios en la oración, conseguirá finalmente un buen dominio del chino y será uno de los que mejor lo hablen. Tanto es así que será el maestro y guía de los nuevos misioneros en el chino una vez que habían estudiado ya lo básico en la misión central; además será casi siempre él el encargado de predicar en las grandes celebraciones.

Aunque el primer y más importante choque cultural para el misionero es la lengua, no es este el único ni el último escollo cultural al que se enfrenta. Baste, como ejemplo, lo que supuso para Gazpio las primeras Navidades en la misión. Las primeras Navidades en China tuvo que celebrarlas lejos de sus hermanos religiosos, solo, junto a unos pocos fieles en una humilde y sobria capilla y de un modo tan distinto al acostumbrado en España y Filipinas. Este choque cultural y el desprendimiento que suponía de los moldes culturales que impregnaban su misma vida religiosa en momentos tan significativos como la celebración de la Navidad, fueron momentos fecundos de prueba que les llevó a él y al padre Alegría a descubrir en aquellas nuevas circunstancias dimensiones nuevas que enriquecían la comprensión y vivencia genuina del misterio cristiano que celebraban, así como una alegría pastoral mayor y más profunda que aquella de gustar de la parafernalia cultural expresiva con la que solemos revestir la Navidad, la alegría de ser testigo de la realidad gozosa de la Buena Noticia acogida y celebrada por aquellas pobres y sencillas personas a las que servía como misionero:

«Durante la Misa no oía, como en años anteriores, nada de canto, villancicos ni panderetas; ni veía en el altar ese derroche de luces y flores con que se acostumbra en Filipinas y en España engalanar el altar mayor. Todo cuanto tenía delante era en extremo pobre y sencillo; pero, **en medio de tanta pobreza, me sentía contentísimo, viendo la alegría que sentían aquellos pobres cristianos que me rodeaban.** La capilla era incapaz para los cristianos y catecúmenos que acudían, y algunos viéronse precisados a oír el santo sacrificio desde el patio de la misión».

O como diría su compañero Alegría en su misma situación:

«**Esta pobreza, este silencio, esta soledad han tenido la virtud de elevar el alma más arriba que los ruidos, las músicas y las alegrías.** La rusticidad de cuanto me ha rodeado se me ha representado como un **trasunto de la cueva de Belén**, la visión de los cristianos arrodillados y entonando cánticos de alegría ante la cuna del Recién Nacido me han **transportado en espíritu hasta las catacumbas de los primeros cristianos.** Una y otra **han predispuerto mi alma para gustar, como nunca, toda la dulzura de este misterio de amor**»¹⁹.

Cuando en la nochevieja tuvieron que dormir al raso en una estación de tren esto les llevó a identificarse con la Sagrada Familia, que no teniendo alojamiento en la posada tuvieron que refugiarse en la gruta de Belén:

«Era la nochevieja y Dios nuestro Señor nos quería traer a la memoria nuestra vida de misioneros, vida de sacrificio, de desprendimiento y de pobreza. Habíamos pasado algún tiempo entre las atenciones de los hermanos y el trato cariñosos de los amigos y ahora empezábamos a vivir como Misioneros, desprendidos de todo y pensando en nuestro modelo Jesús. Allí encontramos algo de la Cueva de Belén»²⁰.

Vida apostólica en Yucheng

Tras cuatro años en Chengliku que le sirvieron para ir afianzando su uso del idioma y su compenetración con la cultura y el pueblo chino, el padre Gazpio pasó a la capital del distrito, Yucheng, donde desarrollaría una vida apostólica más plena y cualificada. Sería el siervo bueno y fiel que el Señor había puesto al frente de aquella misión para anunciar su evangelio y llevar su gracia. Pondrá en práctica su programa misionero de *Oración y Predicación*. Oración ferviente antecedente para preparar el terreno de modo que aquellos corazones fuesen propicios a acoger la semilla de la Palabra; anuncio y predicación en la que esparcía con generosidad la semilla de la Palabra que leía y meditaba continuamente, llenando así su corazón para que después se desbordase por su predicación; oración subsecuente para impetrar la gracia de la lluvia temprana y tardía que hicieran germinar aquellas semillas, de modo que dieran fruto abundante de vida cristiana.

La misión en Yucheng no era, sin embargo, fácil ni el panorama esperanzador: dentro de las murallas de la ciudad solo vivía un cristiano, un anciano sordo de

¹⁹ M. ALEGRIA, «Notas de un diario. La noche de Navidad», *BPSN* 17 (1926), 512–515, 514.

²⁰ M. GAZPIO, Carta (Kweitefu, enero 1938) al Director de Todos Misioneros, *TM* (1938) 39.

80 años; en las Misas de diario solo dos personas acudían (los sirvientes del misionero), y los domingos se les añadía algún que otro cristiano que estaba en la ciudad de paso. Esta situación se prolongaba en el tiempo sin apenas fruto. ¿Sería mejor trasladarse a otro campo que fuera más fructífero? El padre Gazpio no se desanimó ante esa situación, sino que con paciencia y resignación seguía rogando al Señor con fe e insistencia. Se hacía estas reflexiones:

«La oración ha sido, es y será siempre el primer factor en la obra de evangelización. Por mucho que me esfuerce en predicar, en demostrar la falsedad de sus cultos, en exponer la eternidad de una vida dichosa o en extremo desgraciada, todo es inútil si no me dedico antes a ganar el corazón de Aquel, todo amor, que nos dice: *Nada podéis hacer sin Mí*. Plenamente convencido de esta gran verdad, puse todo mi corazón en manos de nuestro Salvador y a Él encomendé mi negocio»²¹.

En eso le mandaron a la misión dos cristianas para ver si así atraían la atención de los paganos. Con estas dos cristianas y los dos sirvientes ya serán cuatro los fieles que, en compañía de los dos padres misioneros, el padre Gazpio y el padre Joaquín Peña, «se encargan de pedir día y noche la transformación moral de esas gentes». A ellos se unió la oración silenciosa de personas amigas, niñas desconocidas que a través de la revista “Todos Misioneros” respondían a la llamada de cooperación, «solicitando todos una misma gracia: almas para Jesús. Desde este momento —dice el padre Gazpio— la asistencia aumenta, la fe, aunque muy débil, arraiga en estos corazones, y el que es todo amor prodiga desde su pequeña morada gracias sin cuento»²². El grupo de personas que de modo diario se acercarán muy de mañana a la iglesia y participarán en la celebración pasará entonces de veinte.

El padre Gazpio vio a cada paso los frutos de gracia impetrados por aquellas oraciones propias y las de tantas almas sencillas. Sobre todo, gracias internas de conversión, pero también gracias externas de curaciones que, como signos de la gracia y de la presencia salvífica de Dios, consolidaban, estimulaban y atraían a la fe a muchas otras almas.

Así, las personas sencillas que se iban acercando encontraban en el Señor del tabernáculo “gracias sin cuento” en respuesta a la fe sencilla y a la oración fervorosa de los misioneros, de los cristianos y de ellos mismos, y los signos que confirman y siguen a la fe, comenzaban a manifestarse, y los que habían recibido gracias testimoniaban e invitaban a los otros paganos a que se acercasen al Dios de los cristianos con fe. Se produjeron, pues, varias curaciones y abundantes gracias en aquella capilla de oración delante del Santísimo²³.

²¹ M. GAZPIO, «Carta del 12 de julio de 1930 (Yucheng) al P. Mariano Alegría», *TM* 3 (1930), 348–350, 349–350.

²² *Ibid.*, 350.

²³ En el apéndice de relatos (Apostolado) 1, 2 y 3, pp. 389-390 recogemos los tres casos más destacados.

«Los días de labor y domingos, nuevos catecúmenos de la ciudad y de los pueblos, movidos por la sencilla narración que oyen en labios de algún catecúmeno sobre ciertas gracias que acaban de recibir en la capilla de la misión católica, se llegan a esta casa de oración, y, con esta humilde plegaria en los labios, “Señor, tened compasión de mí; Santa Madre de Dios, ayudadme”, consiguen ver desaparecer de sus cuerpos molestias que el demonio les ocasionaba ha muchos años, y así su fe aumenta y con ella el número de los seguidores de Cristo»²⁴.

Pero no solo rezaba y predicaba, sino que como su Maestro pasaba haciendo el bien. El padre Gazpio mostró siempre gran sensibilidad por todas las personas pobres, necesitadas, enfermas y moribundas que se encontraba por el camino, y, como el bueno samaritano, no pasaba de largo, sino que buscaba siempre con caridad dar a esas personas la salud de las almas, así como consuelo y calor humano. Muchos moribundos, abandonados de todos, encontraron en estos gestos de amor para con ellos el mayor testimonio de la verdad del Evangelio que les predicaban. La obra de evangelizar y bautizar a los moribundos abría un gran campo de actuación porque «al ejercer ese grande acto de caridad, de ordinario es muy fácil hablar de religión a personas que no tienen trato con cristianos, y la semilla que cae en sus almas, muchas veces produce fruto en la hora de la muerte». Esta era la experiencia del padre Gazpio que cuenta cómo en muchos casos le había ocurrido lo que le ocurrió con el señor Pe:

«El año pasado, una cristiana de la ciudad me suplicó fuera a bautizarle un sobrino suyo enfermo, hijo de padres paganos. Marché al instante, lo bauticé, y, después de hablar a la familia un rato de la necesidad de adorar al único Dios verdadero y de por qué se debe rechazar la superstición en que viven, me volví a casa. El anciano Pe que vivía en la casa vecina, escuchó lo que dije y cuanto después habló mi sirviente, y desde ese momento sintió dentro de sí cierto deseo de acudir a la misión católica. No lo puso en obra, y en esta ocasión, viéndose en cama y próximo a la muerte, mandó a su hijo y familia llamaran al Padre misionero para que le bautizara, añadiendo que él deseaba muy de veras que toda la familia se hiciera cristiana»²⁵.

La escuela de catequistas en Chutsi

Pero la obediencia le llevaría a tener que dejar este floreciente campo de misión que con la gracia de Dios y su esfuerzo había levantado casi de la nada. Debía ir al frente de la escuela de catequistas.

El padre Gazpio, de nuevo como siervo bueno y fiel, aceptó con total desapego dejar su querida misión en manos de otro hermano y tener que dejar a sus queridas ovejas. Él se consideraba un simple siervo que había hecho lo que tenía que hacer y a quien el verdadero Pastor y dueño de las ovejas, por medio de la santa obediencia, le enviaba a otro destino y otro oficio. Dejar aquellas gentes supuso un sacrificio para el padre Gazpio quien confiesa que no olvidará jamás

²⁴ M. GAZPIO, «Carta del 12 de julio de 1930 (Yucheng) al P. Mariano Alegría», 350.

²⁵ M. GAZPIO, «Carta del 20 de noviembre de 1932 (Yucheng) al P. Javier Ochoa», TM 6 (1933), 60

los queridos nombres de Chengliku y Yucheng, sino que los recordará «siempre con mucho afecto e intenso amor». La suya fue una despedida ejemplar, él era el siervo bueno y fiel y no el dueño de las ovejas ni de la mies, y con esta gran humildad y desprendimiento instruyó a sus queridos pequeños hermanos cómo vivir desde la fe, como el hacía, este momento duro para sus fieles, que sentían gran aprecio y afecto por él y sufrían de corazón por su partida y separación.

«Durante estos últimos días he procurado instruirles en la manera de conducirse con el misionero, para que sepan no dejarse llevar de los afectos del corazón hacia este o aquel misionero, considerando principalmente en la persona del misionero al representante de Jesucristo, que tiene la santa misión de instruirlos, santificarlos y ganarlos enteramente para Dios».

Al mismo tiempo pedía a los demás que rezaran por él al Corazón de Jesús para que cumpliera fiel y santamente cuanto la obediencia le ordenare.

El 19 de septiembre de 1934, tras pasar tres días en la casa central, se estableció en su nueva residencia, la escuela de catequistas de Chutsi, para comenzar las clases al día siguiente. La residencia de Chutsi estaba situada a pocos metros de la estación de tren de Kweiteh y contaba con varias casitas hechas para escuela de catequistas, donde vivían unos 25 estudiantes²⁶. En Chutsi Gazpio se sentía prisionero, ya que el distrito era tan reducido que lo podía recorrer todo en diez minutos. Pasará allí las horas en la capilla, las aulas y su habitación. Su ocupación será dirigir la escuela de catequistas y formarlos bien. A los diez días de llegar le decía al padre Alegría:

«Antes tenía a mi cuidado varias cristiandades y un sinnúmero de pueblos paganos, y a la hora presente me veo que mi vida se debe reducir a la capilla, a la clase y a la celda»²⁷.

Los tres primeros años de estancia en Chutsi fueron de paz (1934-1936), de manera que Gazpio pudo dedicarse de forma tranquila y sistemática a su nueva tarea de formar catequistas. En 1938, sin embargo, cambió por completo la situación al estallar la guerra chino-japonesa.

En 1934, en cuanto Gazpio tomó el relevo en la dirección de la escuela²⁸, se dedicó con ahínco a la formación de los aspirantes a catequistas, todos ellos cristianos nuevos y todavía niños en la fe que debían desligarse de no pocas supersticiones. Consciente de estas dificultades y, al mismo tiempo, de la trascendencia de contar con buenos catequistas, se entregó en cuerpo y alma a su nueva misión. A los diez días de iniciar las clases le decía al director de Todos Misioneros:

²⁶ M. GAZPIO, *Informe* (Kweiteh, 28 julio 1949), f. 3.

²⁷ Sumario, Doc. 114, p. 507.

²⁸ M. ALEGRÍA, *Los primeros frutos*, en TM 9 (1936) 225-229.

«Formar en tres o cuatro años cristianos instruidos, piadosos, celosos, misioneros, no es tan fácil sin una gracia singular de Dios. Así que, vea, amado padre, el cuidado tan especial que debo poner desde ahora en cumplir santamente esta mi nueva misión. Espero confiadamente que, si hasta el presente Dios nuestro Señor se ha portado con este su siervo como cariñoso Padre, también en adelante se conducirá como amantísimo y bondadosísimo Señor con todos cuantos vivimos en esta misión, encomendada a mi cuidado»²⁹.

Diariamente les impartía clases de las diversas materias, con el fin de formarlos lo mejor posible. Deseaba ante todo que aprendieran a ser verdaderos cristianos, que conocieran y cumplieran sus obligaciones, de manera que el día de mañana pudieran ejercer digna y santamente el oficio de catequistas. Sabía que todos los misioneros confiaban en la colaboración de aquellos catequistas y de ellos dependería el progreso de la misión.

«Mi vida entre los estudiantes es sencilla y se reduce a decirles la santa Misa, a darles clase de religión, a enseñarles cómo deben el día de mañana catequizar, tanto a paganos como a cristianos, a enseñarles a predicar la palabra de Dios, para que después, en casa y en las cristiandades y dondequiera que se hallen, sepan conducirse como buenos cristianos y ejemplares catequistas»³⁰.

Todo el día estaba muy ocupado en estas actividades, pero no sentía el peso del trabajo, sino que se le hacía suave y llevadero, porque recibía «un sinnúmero de gracias y gratas impresiones» de sus estudiantes. Supo establecer con ellos una estrecha relación de acompañamiento y animación. Para perfeccionar la formación de los futuros catequistas introdujo ejercicios prácticos de oratoria, que les ayudó a sintonizar espiritualmente con su maestro. Él mismo narra esta feliz experiencia:

«Apenas llegué a esta escuela y empezamos las clases de religión, manifesté a los estudiantes mi intento de oírles predicar pláticas de cinco minutos. Ellos que nunca se habían visto en tales apuros, al oírme esa indicación no pudieron menos de sentir cierto temorcillo y como comprendía su situación, los animé, prometiéndoles ayuda en todo. Les puse unos cuantos temas sencillos, dándoles unos doce días de tiempo para que los escribieran y me los presentaran para corregir. [...] Con este ejercicio diario, más las instrucciones de la clase, los avisos y pláticas del misionero, se advierte cierta corriente especial entre ellos y su misionero»³¹.

Los primeros temas tenía que corregirlos bastante y, para darles confianza, les escribía el comienzo y el final del discurso. Poco después gozaba al ver su progreso, porque ellos mismos los componían bien y los declamaban religiosamente.

²⁹ Sumario, Doc. 114, pp. 507-508.

³⁰ M. GAZPIO, Carta (Chutsi, s.d. junio 1936) al director de Todos Misioneros, en TM 9 (1936) 254.

³¹ M. GAZPIO, Carta (Chutsi, s.d. junio 1936) al director de Todos Misioneros, en TM 9 (1936) 254.

«Insensiblemente se hacen piadosos, respetuosos, sienten gusto por las verdades de la religión, se compenetraron con la idea de su oficio y comunican al misionero que convive con ellos santas alegrías, sin darse cuenta. No tienen reparo en comunicar sus apurillos internos y sus deficiencias a su misionero, en proponer sus dudas, en preguntar lo que no entienden»³².

Todo esto era para él motivo de santa alegría y de agradecimiento al Señor:

«Muchas veces al oírles predicar no he podido menos de dar gracias a Dios por los adelantos que notaba en mis estudiantes y, al advertir en alguno de ellos pensamientos tan santos, palpaba la gracia de Dios en esta santa y grande obra»³³.

A tres de los estudiantes más antiguos, que después de tres años y medio iban a finalizar sus estudios en junio de 1936, les mandó que, para estímulo de los demás, predicaran en la capilla sobre temas relacionados con el discurso de despedida de Cristo. Los tres le impactaron por la unción y caridad fraterna con que pronunciaron sus sermoncitos:

«Los tres me llenaron de santo gozo y dejaron mi alma muy impresionada y esta clase de impresiones he recibido bastantes veces. Veo que trabajan mucho y con gusto y, como el fruto se palpa en las clases, en sus platiquillas y en su conducta, yo que debo darles ejemplo en todo no puedo menos de sacrificarme y atenderles para que adelanten y se perfeccionen, confiando que el día de mañana, serán para la Misión una ayuda especial»³⁴.

Además de la formación de los futuros catequistas, como buen misionero atendió a algunos cristianos que vivían cerca de su residencia e hizo todo lo posible por la conversión de miles de paganos que vivían en aquel entorno, por quienes pedía frecuentemente al Sagrado Corazón de Jesús. Este fue su propósito desde el principio: «Con la oración y la predicación trabajaré por darles a conocer la verdadera luz que tanto la necesitan»³⁵.

La llegada de la guerra chino-japonesa al territorio de la misión hizo que la labor de la escuela de catequista se viera interrumpida durante los años 1938-39. Tras el paso de la guerra, el padre Gazpio se dedicó durante cuatro meses, ayudado de albañiles y carpinteros, a reparar los edificios dañados y preparar lo necesario para poder continuar la formación de los catequistas. Asumió el trabajo de reconstrucción como tarea misionera. Tenía claro que la vida del misionero católico no se reduce tan sólo a «predicar, orar, estudiar, administrar...», sino que en ciertas ocasiones, al exigirlo la necesidad, el misionero en su distrito desempeña muchos y distintos oficios, ya humildes y penosos, ya sublimes y difíciles. (...) El misionero que tiene siempre en su mente una infinidad de

³² M. GAZPIO, Carta (Chutsi, s.d. junio 1936) al director de Todos Misioneros, en TM 9 (1936) 254.

³³ M. GAZPIO, Carta (Chutsi, s.d. junio 1936) al director de Todos Misioneros, en TM 9 (1936) 255.

³⁴ M. GAZPIO, Carta [Chutsi, s.d. junio 1936) al director de Todos Misioneros, en TM 9 (1936) 254.

³⁵ Sumario, Doc. 114, p. 508.

proyectos y una serie interminable de necesidades por cubrir, piensa lo indecible, cómo poder estirar su bolsillo, a fin de hacer sus gastos lo más económicamente posible. Hace mil cálculos, resuelve muchísimos problemas en el papel, averigua dónde se puede comprar lo más ventajosamente posible, y de esta manera, guiado siempre de la caridad y no de la tacañería, porque la mano del misionero, si bien es verdad que está siempre extendida para recibir las oblações de los fieles, es también pura realidad que está siempre alargada socorriendo a los necesitados, realiza obras portentosas, contando y empleando sumas módicas. Esta ha sido siempre el milagro de la Iglesia»³⁶.

Su labor callada en Chutsi fue sumamente fructífera. Con su oración y trabajo paciente logró crear una floreciente escuela de catequistas, que daría mucho fruto. En 1934 estudiaban en la escuela de catequistas para hombres 25 alumnos, mientras en la escuela de catequistas para mujeres eran 22 alumnas, y el número fue aumentando ligeramente hasta que en 1942 por razón de la guerra mundial y por motivos económicos hubo que cerrarla definitivamente.

Tiempo de gobierno en Kweiteh

En Kweiteh permaneció once años (1941-1952), que fueron de mucha tensión por la guerra mundial, la reanudación de la guerra civil entre nacionalistas y comunistas, y la persecución comunista.

A los tres meses de su estancia en la casa central se agravó la situación política con la entrada de Japón en la segunda guerra mundial. En aquel ambiente belicoso vivió Gazpio su última etapa misional. El 5 de octubre de 1941 monseñor Javier Ochoa le nombró vicario delegado. En septiembre del año siguiente, al tener que cerrar la escuela de catequistas de Chutsi por razón de la segunda guerra mundial, le llamó a la ciudad de Kweiteh para que le ayudara en la administración porque vivía angustiado por los problemas económicos, por los conflictos internos con misioneros y religiosas, y por las injustas acusaciones de los japoneses de ser espía de los Estados Unidos.

Monseñor Ochoa tenía plena confianza en él y lo mantuvo en el cargo hasta el final de su episcopado en Kweiteh. Monseñor Ochoa estaba ya agotado y dejaba el peso de la administración a su «buen Gazpio», su «bendito Gazpio», su «santo y querido Gazpio», como lo llamaba.

El cargo de vicario en realidad le obligó a llevar el peso del gobierno de la Diócesis porque monseñor Ochoa padecía neurastenia y estuvo ausente de

³⁶ *Carta* (Kweitefu, 1941) al Director de Todos Misioneros, en TM 14 (1941) 174-175.

Kweiteh casi la mitad de su última década. Por eso Gazpio, siendo vicario de la Diócesis, tuvo que hacer las veces de obispo³⁷.

Años antes, cuando monseñor Ochoa fue nombrado vicario apostólico con carácter episcopal, fue el padre Gazpio el único que estuvo cerca de él en las votaciones e informes presentados por el delegado apostólico.

Fue el que, en esta época de Prefectura, con sus trabajos apostólicos en Yucheng y en la escuela de catequistas, así como por su buen dominio del chino y su santidad de vida, más se promocionó, pasando de no estar en las listas de ninguno para la elección de prefecto a entrar como segundo claro por las votaciones obtenidas para el cargo episcopal de vicario. Los informes destacan que esta promoción se debía a «su gran piedad y unción religiosa, la pureza de sus costumbres y la mansedumbre de espíritu», y «porque ha adquirido la experiencia de 12 años de trabajo de predicación ininterrumpido en esta Prefectura; de piedad ardentísima, notada incluso entre los fieles, trabajador constante, solo ocupado en lo que se refiere al amor al prójimo y al celo por las almas». Aquello que sin embargo era considerado como una dificultad para ser el elegido era, sobre todo, el no considerarlo apropiado para asuntos que no fuesen estrictamente apostólicos, ya que por su «temperamento manso y proclive a la vida ascética y contemplativo» no veían en él «al hombre de gobierno y administrador provisto y capaz» que fuera capaz de lidiar con los múltiples asuntos más políticos y administrativos. Considerando sus cualidades naturales podría considerarse acertados los temores, pero la gracia del Señor se manifestó también en ese aspecto en sus propias carencias, pues de hecho fue el que durante la mayor parte del tiempo de monseñor Ochoa como obispo fue el que tuvo que llevar sobre sus hombros la carga pastoral y administrativa de la misión, como hemos dicho. Él fue el siervo bueno y fiel a quien el Señor le puso al frente de aquella comunidad y aquel pueblo para repartir la ración del pan espiritual y material a su debido tiempo. Porque había sido fiel en lo poco, el Señor lo puso al frente y al gobierno de su pueblo.

Como vicario general y, desde el 7 de octubre de 1946, como superior religioso de la misión, Gazpio tuvo que afrontar los problemas de la época más difícil de la historia de la misión. Uno de los problemas serios que tuvo que afrontar fue el económico. Humanamente parecía insuperable en aquellos tiempos turbulentos de la guerra del Pacífico (1941-1945). Desde 1942 la situación financiera de la Diócesis era desesperada, por causa del bloqueo económico de China y el asilamiento en que vivieron. La misión carecía de recursos para mantener a los misioneros, a los seminaristas, las religiosas y las niñas de la Santa Infancia. El encargado de resolver aquellos problemones era el vicario general,

³⁷ Sumario, p. 231, 18.

considerado ya entonces por muchos como hombre demasiado espiritual para saber defenderse en negocios de este mundo. A pesar de todo, durante su gestión a nadie le faltó el pan cotidiano ni siquiera en los años de mayor carestía. ¿Cómo lo consiguió? Uno de los testigos, el padre Benito Suen, asegura que su clave fue «tener una confianza total en la divina Providencia y dedicarse a oraciones prolongadas de rodillas ante el Santísimo. [...] En ocasiones en que no había nada de comida para el día siguiente, se lo decían las monjas, y el padre Gazpio no se ponía nervioso, se iba a la iglesia a orar ante el Santísimo y a esperar. Efectivamente, por la noche o al día siguiente, algún caritativo, cristiano o pagano, traía a la misión lo que se necesitaba»³⁸.

En cierta ocasión la misión padeció tan grave necesidad que llegó a peligrar la supervivencia de las niñas de la Santa Infancia. El padre Mariano, sin más explicaciones, mandó al padre Francisco Sanz que fuera a una ciudad próxima a la misión, en la que había una persona dispuesta a remediar la necesidad. El padre Francisco montó en la bicicleta y se dirigió a la ciudad. En la puerta misma de la población le estaba esperando un hombre, que jamás había visto, el cual le entregó una bolsa con dinero suficiente para remediar la urgente necesidad de la misión.

Con las facultades que recibió de monseñor Ochoa para el tiempo de su ausencia, Gazpio resolvió los asuntos ordinarios; visitó todos los distritos misionales, predicando en cada uno de ellos varios días; atendió a las necesidades de los misioneros; llevó la contabilidad de las intenciones de misas y de los estipendios recibidos, que a veces eran ínfimos; administró prudentemente los escasísimos ingresos procedentes de los subsidios que les daba la Delegación Apostólica, de los estipendios de misas y de los donativos de bienhechores, algunos de ellos paganos, que se compadecían de la miseria en que vivían los misioneros y las niñas de la Santa Infancia; escribió las relaciones anuales e informó a los superiores sobre la marcha de la misión con una correspondencia periódica y prudente; a monseñor Ochoa, por ejemplo, le daba siempre noticias positivas para no deprimirle más. También al prior provincial, que temía por las vidas de los misioneros, trataba de tranquilizarle asegurándole que la Providencia divina les libraba de todos los peligros, pero no le ocultaba los problemas económicos.

Pedía siempre oraciones y, sobre todo, rezaba él por las necesidades de la misión. En fin, fue durante estos años instrumento de reconciliación entre el obispo y los misioneros, y gozó del respeto y la admiración de todos. Tanto como vicario

³⁸ B. SUEN, *Historia de los agustinos recoletos en China*, Roma 15 enero 1998, p. 98, en AGOAR: L 9, 9º. Sumario, p. 153, 18; 231,18. Este testimonio lo confirma el padre Lucas Wang. Cf. Sumario, p. 268.

general que como superior religioso, actuó con suma prudencia, delicadeza y comprensión.

Aparte las tareas de gobierno, durante su estancia en la casa central Gazpio fue párroco de la catedral y, al mismo tiempo, colaboró con los padres Joaquín Peña y Francisco Lizarraga en la formación de los novicios y los estudiantes del seminario de Kweiteh. Tras la renuncia de monseñor Ochoa y el nombramiento del padre Quintanilla como nuevo obispo, el padre Gazpio permaneció como superior religioso hasta el final.

Tras el establecimiento de la dictadura comunista la situación se fue deteriorando de día en día. A los misioneros se les privó de libertad para el apostolado, se les sometió a continuas pruebas y humillaciones, haciéndoles la vida desesperante. El destino común que le esperaba era la cárcel o el arresto domiciliario, sin libertad para hacer apostolado fuera de casa. Gazpio, como buen pastor de almas, quería permanecer junto a su grey dando la vida por sus ovejas. Pero, finalmente, tuvieron que pedir la salida del país. En todas estas duras circunstancias, Él confiaba totalmente en la protección divina y pedía la gracia de sufrir la prueba con resignación:

«Confiemos en la gracia de Dios, que saca de los males bienes, esperemos con santa resignación la hora de Dios, y entonces podremos cantar con santa alegría la gloria de Dios nuestro Señor y de su santa Iglesia. Mientras pidamos humildemente nos ayude a sufrir con santa resignación la prueba común»³⁹.

Como conclusión podemos decir que el padre Gazpio fue un modelo de religioso misionero agustino recoleto, siendo su vida y su apostolado un fiel reflejo del carisma recoleto de los orígenes, caracterizado por su sereno recogimiento y espiritualidad profunda, por la convivencia fraterna y sencilla, y un apostolado ardiente, escondido y fecundo.

³⁹ Mariano GAZPIO, Carta (Kweiteh, 12 abril 1951) al provincial Santos Bermejo, en AM: Leg. 163, 1º.